

## Crónicas

# El Dr. Mariano Latorre Blanco

*Dr. Francisco Mena C.*

*Servicio de Neurología y Psiquiatría, Hospital Luis Calvo Mackenna, Santiago, Chile.*

Al intentar escribir algo sobre el Dr. Mariano Latorre, sólo puedo recordarlo como Mariano.

Siendo yo estudiante de medicina de la U.C. atendía un consultorio, muy primitivo, en una población callampa. En varias ocasiones en que me vi afligido, acudí al Calvo Mackenna en busca de ayuda. Fue entonces cuando conocí al Dr. Latorre y en esos fugaces encuentros ya pude vislumbrar su calidad como persona y como médico.

El Dr. Latorre era hijo del famoso escritor costum-brista Don Mariano Latorre Court y de Doña Virginia Blanco, una señora encantadora, alta y delgada, a quien recuerdo vestida de negro y que me traía a la memoria los personajes femeninos de García Lorca.

Mariano estudió en el Liceo Valentín Letelier, cerca de su casa en el barrio Bellavista, en donde, si mal no recuerdo, su padre era profesor de Castellano.

Ingresó a estudiar Medicina en la U. De Chile y se recibió alrededor de 1940.

Recién egresado empezó a trabajar, bajo la tuición del Dr. Aníbal Ariztía, en la antigua Casa de Huérfanos (más tarde Casa Nacional del Niño) lugar en el cual se atendía a niños enfermos abandonados.

Por esos años se estaba construyendo un edificio que reemplazaría las antiquísimas casonas de la calle Providencia. En algún momento de su construcción se resolvió habilitarlo como Hospital y fue así como nació el Calvo Mackenna.

El Dr Ariztía se hizo cargo del Hospital y trajo consigo al puñado de pediatras que formaban su equipo y a un grupo de médicos jóvenes que serían los residentes. Entre ellos estaba Mariano Latorre. A partir de entonces y por muchos años, el Calvo sería, prácticamente, su casa.

Desde muy temprano, Mariano se constituyó en el discípulo predilecto de Dn Aníbal, aunque éste hacía todo lo posible para que no se notara.

En 1944 el Dr. Ariztía lo envía con una beca a Estados Unidos a formarse en Neuropediatría, una disciplina que estaba recién naciendo. El sitio elegido fue la Universidad de Chicago y su maestro y tutor sería el Prof. Dr. Douglas Buchanan, neurólogo escocés, que había emigrado a los Estados Unidos y que había sido alumno de Wilson.

El talento y la simpatía de Mariano conquistaron al Dr. Buchanan al punto que éste deseó que se quedara en Chicago formando parte de su equipo.

Esto lo supe hace muy poco a través de un médico muy cercano al Dr. Ariztía. Mariano nunca me lo mencionó. El Dr. Buchanan le había escrito una carta privada a Dn Aníbal diciéndole que el Dr. Latorre era el alumno más brillante que había tenido, que le habría gustado tenerlo como su ayudante, pero que consideraba justo que volviera a su país y a Sudamérica en donde, estaba seguro, sería un gran aporte y un excelente maestro de neurología infantil.

El Dr. Ariztía guardó esa carta y sólo la mostró al Dr. Latorre cuarenta años más tarde, cuando éste ya no trabajaba en el Hospital y muy poco antes de la muerte de Don Aníbal. ¿Quizo evitar que se envaneciera? Conociendo a Mariano estoy seguro que no habría sido así.

El Dr. Latorre volvió a Chile, convirtiéndose así en el primer neuropediatra del país. (Los destacados médicos que le precedieron en esa disciplina, como el Dr. Olea y otros, hacían neurología y psiquiatría).

Alrededor de 1956 el Dr. Javier Cox, joven pediatra del Calvo Mackenna, resuelve dedicarse a la especialidad atraído por la personalidad del Dr.

Latorre y por la manera en que éste presentaba la neurología, en forma sencilla, amena y sin grandes sofisticaciones intelectuales. El Dr. Cox sería el primero de muchos discípulos del Dr. Latorre. Yo me agregué a ellos en 1962, por lo que me siento honrado de ser su segundo discípulo. Más tarde se nos juntaron la Dra. A. Valdivieso, el Dr. M. Devilat y muchos otros.

Mucho podría decir del quehacer médico del Dr. Latorre como Presidente de la Soc. de Pediatría en 1955; Jefe del Servicio de Pediatría del Hospital Calvo Mackenna por varios años, profesor, etc., pero son sus rasgos humanos los que perduran en el recuerdo.

Mariano era un hombre de múltiples intereses y gran modestia, lo que lo hacía extraordinariamente atractivo.

Tuve la suerte de conocerlo en la vieja y modesta casa en que vivía en la calle Buenos Aires. Lo recuerdo joven, muy buenmozo, sentado en un sillón de respaldo alto, con una ampollita por detrás, una revista Brain o Neurology en sus manos y un tocadiscos haciendo oír a Louis Armstrong, Fats Waller, Ella Fitzgerald u otro de sus predilectos. Esta imagen la tengo grabada, Mariano plenamente feliz, con sus tres amores: el jazz, la neurología y la casa.

No deseaba nada más. No le interesaban ni la fama, ni el dinero, ni el poder. Esto pudimos comprobarlo todos los que al final de sus días lo vimos enfermo, aceptando su sufrimiento y acompañado de sus amores: Blanca su mujer, sus hijos y la música del muy actual Eric Clampton o alguno de sus “viejos amigos” músicos de jazz.

No he sabido de nadie que habiéndolo conocido no lo haya querido. Todo el personal del Hospital le tenía un gran cariño. Muchos lo recuerdan pasando visita por las salas, caminando por los pasillos golpeando lo que encontraba a su paso con su martillo de reflejos, llevando el ritmo de una melodía que tarareaba. O bien parado al lado de un niño enfermo mirándolo largo rato como para descubrir que ocultaba en su cuerpo, para, sólo después

de un tiempo de observación y de escuchar atentamente la historia, proceder a un minucioso examen.

Cuando había un diagnóstico dudoso y el niño no corría peligro, solía decir “dejémoslo al Dr. Tiempo”, es decir no nos apresuramos, no tomemos medidas arbitrarias.

Eran tiempos en que la tecnología era muy precaria. Había que sacarle el jugo a la clínica y Mariano sabía hacerlo. Otras veces se debía recurrir a algunos exámenes invasivos y no pasaba semana sin tener que realizar punciones subdurales o ventriculares.

Ocasionalmente practicábamos neuromoencefalografías, que el llamaba “folclóricas”, porque las hacíamos en forma absolutamente artesanal.

El subterráneo del Hospital, y las tres piezas en que funcionó por muchos años nuestro Policínico, debe estar lleno de recuerdos. Allí acudían de todos los servicios cuando, cerca de mediodía, nos tomábamos un descanso. Eran momentos en que se hablaba de arte, de política, de deporte, de mujeres y también..... de medicina. Comentábamos los casos, consultábamos nuestras dudas, compartíamos la vida.

Hay un aspecto de Mariano que no puedo dejar pasar. En todos los años que estuve con él -y fueron cuarenta- nunca lo oí hablar mal de alguien, nunca advertí en él un rastro de envidia.

Pocos días antes de morir, unos amigos lo invitaron a Algarrobo. Muchas personas lo fueron a visitar y a la casa en que se encontraba, llegó un grupo de Cuasimodistas a caballo y en bicicleta acompañando al párroco, y entonces -menos de una semana antes de morir- Mariano recibió su Primera y última Comunión.

En el cementerio lo despedimos un grupo de sus más amigos, mientras un cuarteto de viejos jazzistas tocaba “Oh, when the saints go marching in.”

Santiago, Diciembre de 2002.